

#### CAPITULO IV.

---

Falsa Caída.—El Desecho del Centro.—La Vuelta de Reyes.—Actitud Sufrida de los Nuevoleoneses.—La Oposición se Fortifica.—Los “Estudiantes de Jurisprudencia.”—Gloriosa Actitud.—“Ave Juventa.”—Una Manifestación Patriótica.—Periódicos Anti-Reyistas.—“Redención” y “Constitución.”—La “Junta Central Opositorista.”—Defecciones ante el Terror.—Prisión de D. Benito González.—La Oposición sin Candidato.—Faltaba una Víctima.—Un Campeón del Pueblo.—La “Gran Convención Electoral Nuevoleonesa.”—Actitud Brillante del Lic. Francisco E. Reyes.

---

La primera impresión experimentada por el público, en presencia de los sucesos narrados en el anterior CAPITULO, fué que la carrera política del ex-Ministro, había terminado con sus últimos gloriosos días de aparatosa representación en la Capital de la República. Se asegura que quince pintores dejaron sin terminar otros tantos cuadros de cuerpo entero, en los que el Sr. Gral. Reyes se ostentaba ataviado de brillantes arreos militares. Muchos fotógrafos conservan todavía considerables repuestos de retratos de todos tamaños y en diversas actitudes, del ex-Secretario de la Guerra. Su caída imprevista se resintió en el mundo del Arte en Méjico, pues había llegado á ser uno de sus modelos favoritos.

Con todo, cuantos pensaron como dicho queda, sufrieron un grave error, y casi hubo motivo suficiente para felicitar

á fotografías y pintores: la carrera política del Gral. Reyes todavía no había terminado.

Con asombro pudo verse en la *Orden General de la Plaza*, que "se le concedía permiso" al ex-Ministro de la Guerra, para que nuevamente fuera á hacerse cargo del Estado de Nuevo León. En otros términos: pagaba el General Díaz la cariñosa acogida que en Monterrey se le había hecho, así como su deuda de gratitud por los desinteresados servicios que los nuevoleonenses le prestaron durante sus revoluciones, enviándoles *un desecho federal* para gobernarles. Lo que no cabía en Méjico, lo que allí se consideraba como un elemento disolvente y nocivo, era todavía bastante bueno para regir los destinos de un Estado, que fué cuna y teatro de las hazañas épicas de los Escobedo, los Treviño, los Naranjo y los Garza Ayala! . . . .

La primer noticia que en Monterrey se tuvo de la salida del Ministerio del General Reyes, coincidió con el hecho mismo, pues el telégrafo la comunicó sin tardanza. Celebrábase aquella noche las Pascuas de Navidad, como es costumbre hacerlo en las poblaciones fronterizas: el regocijo era general, el pueblo se divertía y aspiraba á pulmón abierto los aires de la fiesta. De pronto principió á circular la noticia de la separación del Ministerio del Gral. Reyes por haber caído de la gracia del Presidente, y se añadía que iba á ser enviado á una Nación extranjera, desterrado á la romana, con un cargo diplomático. Lo que alegría fué al principiar de aquella noche memorable, habíase tornado en frenesí. Innumerables grupos veíanse en calles, plazas, paseos y demás sitios de reunión, solicitando ansiosamente detalles, y dando entusiasta y cándida acogida á toda clase de rumores, que, como de ordinario acontece siempre que la esperanza tiende á anticiparse á la realidad, habían concluído por desvirtuar completamente los hechos. Quedaba, sin embargo, en el fondo, una verdad perfectamente corroborada por telegramas nuevos, que á cada momento se recibían en la ciudad metropolitana: "el Gral. Reyes había cesado de ser *persona grata* al Presidente de la República, y con tal motivo le había separado de su Gabinete."

Ni los más pesimistas entre los enemigos del Gobernador efectivo, ni los más confiados entre sus amigos, hubieran entonces podido presentir lo que la falaz política del Gral. Díaz, (constantemente hostil á los Estados de la Frontera del Norte), les tenía reservado. Hay ocasiones en que hasta para los espíritus más escépticos, la duda casi se antoja un insulto á la realidad, que se presenta franca y sin disfraces.

Pero la reacción no tardó mucho en llegar. Una onda de desaliento se extendió al tercer día, por todas las clases sociales, cuando de una manera positiva se supo el regreso á Monterrey del Ministro fracasado; máxime cuando ya no pudo dudarse de que volvería á hacerse cargo del Gobierno, y á continuar por lo tanto una política de favoritismo corrupto, de camarilla, de arbitrariedad, de persecuciones y de asesinatos, que habían sido ya pesadilla del Estado durante dieciséis años. Con todo, ni una voz de protesta se elevó en el Estado. Se comprendía perfectamente que sólo quien era causa de sus desgracias, podría remediarlas, y además, ya había dejado de ser un secreto para los nuevoleonenses, que el Gral. Díaz, en la ancianidad, va cada día dando mayores muestras de "sucesión en orden inverso de los fenómenos vitales," que con frecuencia denuncian la proximidad del desenlace. . . . . Entre las muchas manifestaciones pueriles del Presidente Terrible, ocupa lugar prominente la afectación infantil, con que siempre hace lo contrario de lo que se le indica, aunque comprenda que la insinuación es justa y pudiera redundar en su beneficio. Si alguien (un hombre, una comisión, un Estado en masa), le prueba hasta la evidencia que tal ó cual funcionario deshonra el servicio público, y que conviene que haga uso de su autoridad omnimoda, indisputada, para remediar el mal, basta semejante insinuación, por más que se haya hecho de rodillas, para que el Autócrata frunza el ceño y haga el firme propósito de sostener al empleado indigno contra viento y marea. El Porfirio Díaz que parlamentó con los desafectos políticos de Emilio Carranza, quizás pereció moralmente desde aquel hecho memorable.

Conociendo ésto, decíamos, los nuevoleonenses se resigna-

ron á recibir mal de su grado al Gobernador que se les enviaba con el estigma de inepto é intrigante; pero sin dar á la stampa una palabra sola, que hiciera público su descontento.

Verdad es que en esta determinación influyó no poco el escaso conocimiento que se tenía de lo que realmente había ocurrido en Méjico; pero cuando pudo apreciarse la magnitud del desacierto del ex-Ministro, y el disgusto profundo que su conducta despertó en el Gabinete, y aún en el ánimo del Gral. Díaz, tan prevenido en favor suyo, el cual, aparentemente al menos, le había retirado ya su confianza, el Estado todo resintió profundamente el ultraje, pues que, como anteriormente expusimos, se le obligaba á aceptar para que le gobernase, á un hombre desechado de la política metropolitana.

Y fué entonces cuando vino á fortalecerse la idea de oposición al Gobernante impulsivo, bosquejada por la altiva independencia de LA DEMOCRACIA LATINA, y aparecieron las primeras indicaciones formales de una campaña política en perspectiva. Cuando aquella publicación fué suprimida, su director, y otras personas prominentes que hasta entonces habían permanecido alejadas de la política, comenzaron á estudiar la manera de llevar á la práctica una lucha organizada en el campo electoral. Algunas reuniones de carácter meramente privado, se verificaron en las oficinas de los Lics. Francisco E. Reyes, Eulalio Sanmiguel y Julio Galindo, y á ellas concurrieron respetables ciudadanos, que consigo traían la nota de luchadores adquirida en mejores tiempos; así como también varios periodistas, abogados, médicos y hombres de negocios, cuyo número fué aumentando constantemente, á medida que los trabajos del núcleo iniciador se iban extendiendo, y sus tendencias eran mejor conocidas.

Y al paso que la época de la lucha formal se aproximaba, lo que al principio fué un movimiento local circunscrito á la Capital del Estado, iba extendiéndose por todo él, y de tal manera, que pronto hubo de reconocerse la necesidad apremiante de dirigirlo y encauzarlo, á fin de que no se

desaprovechasen aquellas desbordantes energías. Y en esta virtud, organizóse un Centro Político en el prestigiado bufete del jurisconsulto D. Francisco E. Reyes, al cual concurrieron políticos encanecidos en las pasadas luchas, hombres de ciencia hasta entonces sólo ocupados en su cultivo, industriales y comerciantes que no podían menos que entrever lo delesnable de una Administración basada sobre el odio de todas las clases sociales y sólo mantenida por la fuerza de las armas y otros trascendentales temores sobre el futuro de la Patria; por último, *la juventud*, el "mañana de la vida" estaba allí, y, sin reservas, aportaba á los aguerridos lidiadores, el valioso contingente de sus entusiasmos y energías.

Fueron los "Estudiantes de Monterrey," con especialidad los "Estudiantes de Jurisprudencia," los primeros en arrojarle el guante al tirano, y con valor y empuje dignos del más alto encomio, se lanzaron decididos al campo de la lucha, al radio del peligro, con el pecho descubierto, el reto en la mirada, la dignidad en la apostura, la frase candente en los labios, y la sinceridad en aquellos corazones aún no lacerados en las batallas de la vida, sobre los que el polvo de las desilusiones no había formado todavía capa de escepticismo, y en los que florecía el mañana, ¡el "mañana" que avizoraban sonrientes, hermoso y desnudo como un dios de la Hélade resplandeciendo sobre el altar de la Esperanza! . . . ¡Oh, juventud, última promesa para los caminantes cansados que descienden las ásperas pendientes de la vida, en *tí* se divisan la virtud, la nobleza, el patriotismo, puros, límpidos, como los paisajes que encantan la vista que se tiende desde la cumbre de enhiestas montañas; en *tí* hay promesas divinas, y, en una resurrección de lo pasado, en *tí* volvemos á ver los hermosos ideales que algún día se albergaron también en nuestros pechos, y que, á semejanza de las aves viajeras, huyeron para siempre al acercarse el invierno, ¡los vientos otoñales de las decepciones, el frío de una realidad abrumadora! . . .

Los estudiantes, que ya con anterioridad habían en varias ocasiones mostrado ostensiblemente su desafecto al tirano

del Estado, prepararon una demostración patriótica para el 5 DE FEBRERO, aniversario de la Constitución, independiente por completo de la que anualmente celebran las autoridades de nuestras ciudades y pueblos, bajo un ritualismo casi dogmático, es á saber: elogios á Juárez y demás reformistas, ataques al Clero (fundados en su imperfectibilidad, que es muy humana) y, sobre todas las cosas, rimbombantes períodos oratorios, impregnados de retórica y artificialmente entusiasmados, en que se ponderan las excelentes cualidades y refinados instintos de los tuxtepecanos habidos y por haber: Díaz á la cabeza de la procesión solemne.

Sin dirección de círculo alguno político, y siguiendo sólo las inspiraciones elevadas de su patriotismo, invitaron al pueblo á cooperar con ellos en una manifestación cívica, que solemnizarían en honor del ilustre jurisconsulto D. León Guzmán y de los diputados constituyentes por Nuevo León, D. Manuel P. de Llano y Simón de la Garza y Melo, cuyos restos mortales descansan en los panteones de Monterrey. A llamamiento tan simpático, respondieron en masa todas las clases sociales de la capital del Estado, y fué espectáculo digno de presenciarse cómo éstas, en las que todos los gremios, categorías y condiciones de existencia se hallaban representadas, habían espontáneamente cedido la dirección de sus afectos á aquellas voces juveniles que les enardecían de entusiasmo, á aquellos corazones generosos que con fe y ánimo osaban producirse, en nombre de muertos ideales, y afirmar osaban la posibilidad de nuestra redención política.

El programa fué corto, pero significativo: depositáronse flores y coronas en los sepulcros de los patricios eminentes cuya memoria se honraba, y los discursos causaron honda sensación por su marcado dejo de independenciamiento y la valentía é intención con que fueron pronunciados.

Por vez primera los habitantes de Monterrey dieron pública muestra de su reconcentrada antipatía hacia el Gobernador Reyes, lanzándole estruendosos y repetidos mueras, y acoplado intencionalmente su nombre con el del desprestigiado Alcalde Martínez, á pesar de los esfuerzos que para evitar esos desahogos hacía el Comandante de Policía Ignacio Morelos y Zaragoza.

El efecto de esta manifestación fué de trascendencia, pues merced á ella pudo verse con toda claridad, la impopularidad del Adelantado de D. Porfirio Díaz, el odio profundo, aunque represado por el terrorismo, que el pueblo le profesaba, y por último, hubiérase dicho que un cortinaje denso se había de improvisamente descorrido en nuestro escenario político, mostrando en primer término al Ministro de la Guerra ahitándose en un festín dantesco, devorando humillaciones y concertando laboriosamente su propia ruina, en tanto que en un fondo crepuscular sanguinolento, se aglomeraba atropellándose un pueblo, como en el *Infierno* de la "Capilla Sistina," con las manos levantadas y amenazantes y el fuego de la maldición en la mirada. . . .

Al día siguiente repartiéronse con profusión carteles, anunciando la publicación de dos periódicos francamente anti-reyistas.

Pudo verse con toda claridad el interés que semejante anuncio despertó en todo el Estado, cuando llegaron los múltiples pedidos que de esas publicaciones se hacían, hasta de los poblados más remotos de Nuevo León y Coahuila. En la Capital se disputaba su lectura con ahinco, máxime cuando debido á las agencias de la Policía, lográbese disminuir el número de ejemplares circulantes, siempre inferior á las urgencias de la demanda. Y ésto, á pesar de que tales periódicos eran meras hojas de combate, sin presunciones literarias ni docentes, y cuyo mérito principal estribaba en atacar con denuedo y sin escoger frases gallardas, la polucta, la por todos mal querida Administración de Reyes y sus delegatarios.

En tales circunstancias, las personas más caracterizadas de la oposición, y que de una manera ú otra habían sobresalido y eran señaladas por la fama pública como organizadores de aquélla, principiaron á recibir cartas de todos los municipios del Estado y hasta del vecino de Coahuila, excitándoles á lanzar un programa político y á organizar una campaña en debida forma.

A esta apremiante insinuación la Junta Central de Monterrey contestó con un brillante "Plan de Gobierno," que